

en sus cuadros los pintores flamencos, llevando sobre la cabeza ó apoyadas en la cadera banastas llenas de provisiones.

—¡Dadme acá la nuez moscada! —decía uno.

—¡Un poco de canela! —gritaba otro.

—¡Las cuatro especias aquí!

—¡Sal en la caja!

—¡Clavillos!

—¡Laurel!

—¡Una lonja de lardo bien delgada!

—¡Sopla este hornillo, que se apaga!

—¡Quita carbon de estotro, que está demasiado encendido y lo requemará todo como castañas olvidadas en la sartén!

—¡Echa caldo en esta cazuela!

—¡Bate bien esas claras de huevo, que no sacan espuma!

—¡Salpimenta con ralladuras este jamoncillo!

—¡Saca de la espetera ese ánsar, que ya está asado!

—¡Da cinco ó seis vueltas más á esa polla cebada!

—¡Quita del fuego ese filete! ¡pronto!

—Deja la ternera y los pollos:

La ternera mal cocida y los pollos crudos, pueblan los cementerios.

—Pon otra vez eso en el asador, pedazo de alcornoque. No sabe asar todo el que quiere. Es un don del cielo.

—Lleva este potage á la reina al n.º 6.

—¿Quién ha pedido las codornices á la cazuela?

—Vivo, endereza este lomo de liebre mechado.

Y así se cruzaban en medio de alegre algarabía los dichos sustanciales y las palabras picantes.

Herodes, Blazius y el Intrigante, que eran glotonos como gatos de devota, al oír aquella elocuencia tan gorda, tan suculenta y tan sustancial, se lamian los hocicos y convenían á una ser preferible á la de Isócrates, Demóstenes, Esquino, Hortensio, Ciceron y otros habladores cuyas frases no son mas que manjares huecos y sin jugo.

—Me dan tentaciones, —dijo Blazius, —de dar un beso en

cada una de las mejillas de ese corpulento cocinero, gordo y ventruado como fraile, que gobierna todas esas cacerolas con tan soberbia magestad. Dudo que jamás capitán alguno haya estado tan admirable en el campo de batalla.

En el instante mismo en que un criado prevenía á los cómicos estar dispuestos sus cuartos, entró un viajero en la cocina y se acercó á la chimenea. Era el recién llegado hombre de hasta treinta años, de elevada talla, delgado, robusto, de fisonomía ingrata, aunque de líneas regulares. El reflejo del hogar ribeteaba su perfil de una línea luminosa, mientras el resto de su figura quedaba sumerjido en la sombra. Esta línea luminosa acusaba un arco de cejas muy proeminente bajo cuya cavidad brillaba un ojo de mirada dura y escudriñadora, una nariz de curva aguileña cuya punta se doblegaba en forma de pico de ave de rapiña sobre unos bigotes poblados, y un labio inferior muy delgado que se unía bruscamente á la barba, arremangada y corta como si la naturaleza no hubiese tenido pasta suficiente para acabar aquella máscara. Su cuello, que surgía de otro de tela lisa almidonada, dejaba ver en su escualidez ese cartílago en relieve que las mujeres dicen ser una cuarta parte de la manzana fatal detenida en la garganta de Adán y que algunos de sus hijos no han podido tragar todavía. Su traje se componía de un jubon de paño ceniza oscuro abrochado sobre un colete de ante, de unas calzas de color castaño, y botas de fieltro que le subían hasta más arriba de las rodillas. Numerosas manchas de barro, las unas secas, frescas todavía las otras, indicaban que el desconocido había hecho largo camino, y las estrellas de sus espuelas teñidas de negruzca sangre pregonaban que, para llegar al término de su viaje, el ginete había debido hundirlas más de una vez en los ijares de su fatigado corcel. Larga tizona, cuya empuñadura de labrado hierro debía pesar más de una libra, pendía de ancho cinturón de cuero sujetado al rededor de su delgada cintura con una hebilla de cobre; completando su traje una

capa de color oscuro y su sombrero, que había tirado sobre un banco. Difícil hubiera sido precisar á qué clase pertenecía el recién llegado. Ni era mercader, ni menestral, ni soldado. Lo más plausible era suponer que formaba en las filas de esos hidalgos pobres ó de nobleza poco elevada que entran al servicio de algun gran señor y se unen á su suerte.

Sigognac, que no tenía aficiones gastronómicas como Herodes ó Blazius, y á quien no absorbía lo más mínimo la contemplación de aquellas apetitosas vituallas, miraba con profunda curiosidad al sujeto cuyo retrato acabamos de bosquejar y cuya fisonomía le parecía no serle desconocida, aun cuando no podía atinar dónde ni cuándo la había visto. En vano hizo un llamamiento á sus recuerdos; no dió en lo que buscaba. Sin embargo tenía una confusa idea de que no era aquella la vez primera que se encontraba en contacto con aquel enigmático personaje que, poco cuidadoso del examen inquisitivo de que era objeto y del que parecía haberse apercebido, volvió del todo la espalda á la puerta, inclinándose hácia la chimenea en ademán de calentarse las manos.

Como su memoria no le sugería nada fijo y una insistencia más prolongada hubiera podido dar origen á un altercado inútil, el Barón siguió á los cómicos, que tomaron posesión de sus habitaciones respectivas, y después de haber cambiado de traje se reunieron en la sala baja en la que estaba servida la cena que despacharon como gente á quien la sed y el hambre les asediaba. Blazius, chasqueando la lengua, proclamó bueno el vino y se escanció buena copia de vasos, sin olvidar los de sus amigos, pues no era bebedor egoísta de esos que rinden á Baco un culto solitario; casi tanto le complacía hacer beber como beber. El Tirano y el Intrigante hacían coro con él. Leandro temía, si se entregaba á demasiado frecuentes libaciones, que se alterase la blancura de su cutis y que se le llenase de granos y pústulas la nariz, adornos poco propios para un amante. En cuanto al Barón, sus prolongadas abstinencias en el castillo de Sigognac le habían dado costum-

bres de sobriedad castellana de las que á duras penas podía desprenderse. Por otra parte le tenía preocupado el personaje que había visto en la cocina, quien le inspiraba sospechas sin saber porqué, pues nada más natural que la llegada de un viajero en una hostería acreditada.

La cena fué alegre: animados por los vapores del vino y las buenas tajadas, contentos en fin de encontrarse en París, este Eldorado de todos los hombres emprendedores, impregnados del calor de aquella atmósfera tan agradable después de largas horas pasadas en medio del frío en una carreta, los cómicos se entregaban á las más locas esperanzas. En idea rivalizaban con el teatro de Borgoña y la compañía del Marais. Veíanse aplaudidos, festejados, llamados á la corte, encargando comedias á los más preclaros talentos de la época, tratando á los poetas como estudiantillos de tres al cuarto, invitados á la mesa de los grandes señores, y pronto arrasando carroza. Leandro soñaba en las más bellas conquistas, y á penas si consentía en detenerse hasta la reina. Aunque no hubiese bebido, su vanidad estaba borracha. Desde su aventura con la marquesa de Bruyeres, se creía decididamente irresistible, y su amor propio no conocía límites. Serafina hizo propósito de no guardar fidelidad al caballero de Vidalinc sino hasta el día en que se le presentase un petimetre más rico y más encopetado. Respecto á Zerbina, tenía su marqués que pronto debía reunírsele, y no formaba ningún proyecto. A la señora Leonarda, que por su edad y por no poder servir más que de Iris mensajera, estaba fuera de combate, no la distraían tales futilidades y no perdía bocado. Blazius le llenaba de manjares el plato y de vino el vaso hasta el borde con rapidez cómica, chanza que la vieja aceptaba buenamente.

Isabel, que hacía mucho rato que había cesado de comer, rodaba distraidamente entre sus dedos un pedazo de miga de pan á la que daba la forma de paloma, y descansaba en su querido Sigognac, sentado al extremo opuesto de la mesa,

una mirada impregnada de casto amor y de angelical ternura. La suave temperatura del comedor habia hecho subir á sus mejillas poco antes pálidas por la fatiga del viaje, un delicado carmin que la embellecia de tal modo, que si en aquel instante Vallombreuse hubiese podido verla, su amor se hubiera exasperado hasta el delirio.

Sigognac á su vez contemplaba con admiracion respetuosa á Isabel, cuyos bellos sentimientos le impresionaban tanto como los atractivos físicos de que estaba abundantemente adornada, y deploraba vivamente que por exceso de delicadeza le hubiese rehusado por marido.

Concluida la cena, las mujeres se retiraron, así como Leandro y el Baron, dejando el trio de borrachos eméritos dar cuenta del resto de las botellas, proceder que no miró con muy buenos ojos el mozo encargado de servir la bebida, pero de cuyo disgusto le consoló una moneda de plata.

—Atrancad la puerta,—dijo Sigognac á Isabel, á quien acompañó hasta la puerta de su cuarto;—hay tanta gente en estas posadas, que nunca se toman bastantes precauciones.

—Nada temais, mi querido Baron,—respondió la joven actriz,—mi puerta tiene, aparte de una cerradura que podria cerrar un calabozo, un cerrojo largo como mi brazo; además la ventana está defendida por fuerte reja, y ningun tragaluz abre en la pared su negra pupila. Como los viajeros llevan á menudo consigo objetos que podrian excitar la codicia de los ladrones, los cuartos deben poder cerrarse herméticamente. Jamás habrá estado más segura en su torre guardada por dragones princesa alguna de cuento de hadas.

—Ha sucedido á veces,—replicó Sigognac,—que de nada han valido los encantos y el enemigo ha penetrado en la plaza pese á los filacteros, tetagramas y abracadabras.

—Es que la princesa,—repuso Isabel sonriendo,—debía de sostener inteligencias amorosas con el enemigo, aburrida de estar encerrada, aunque fuese para su bien; y yo no me hallo en este caso. Así pues, ya que yo por naturaleza soy



... LAS MUJERES SE RETIRARON DEJANDO EL TRIO DE BORRACHOS.

mas tímida que una corza al oír el sonido de la bocina y los ladridos de la trahilla, no tengo miedo, podeis estar tranquilo vos, que en valor igualais á Alejandro y á César, y dormir sobre una y otra oreja.

Y en señal de despedida, la jóven tendió á los labios de Sigognac una mano delicada y suave, de la que ella sabia preservar la blancura, tan bien como hubiera podido hacerlo una duquesa, con polvos de talco, pomadas de cohombro y guantes preparados. Cuando Isabel hubo entrado en su cuarto, y hubo oído dar vuelta á la llave, el pestillo morder el palastro y rechinar el cerrojo, Sigognac se dirigió algo tranquilizado hácia su departamento; pero al poner el pié al umbral de este, vió pasar por la pared, proyectada por la luz del farol que alumbraba el corredor, la sombra de un hombre á quien no habia oído acercarse y cuya ropa casi rozó su cuerpo. Sigognac volvió rápidamente la cabeza. Era el desconocido de la cocina quien sin duda se dirigia al cuarto que le habia asignado el hostelero. A pesar de ser esto muy natural, el Baron, haciendo como que no daba con el ojo de la cerradura, siguió con la mirada á aquel personage misterioso, cuya facha le preocupaba de un modo singular, hasta que desapareció tras un recodo del corredor. Una puerta cerrándose con estrépito que hizo más perceptible el silencio que empezaba á reinar en la posada, dió á comprender á Sigognac que el desconocido acababa de entrar en su cuarto, y que este ocupaba una region apartada de la hostería.

No hostigándole el sueño, Sigognac se puso á escribir una carta al honrado Pedro, conforme le habia prometido hacerlo tan pronto llegase á Paris; teniendo buen cuidado de hacer muy clara la letra, pues el fiel criado no era que digamos un doctor y delectaba con gran trabajo la de molde.

Hé aquí la epístola:
«Mi buen Pedro: Héme por fin en Paris, donde, segun pretenden, debo de prosperar y realzar mi decaida casa, aunque, á decir verdad, no atino cómo. Sin embargo alguna oca-